

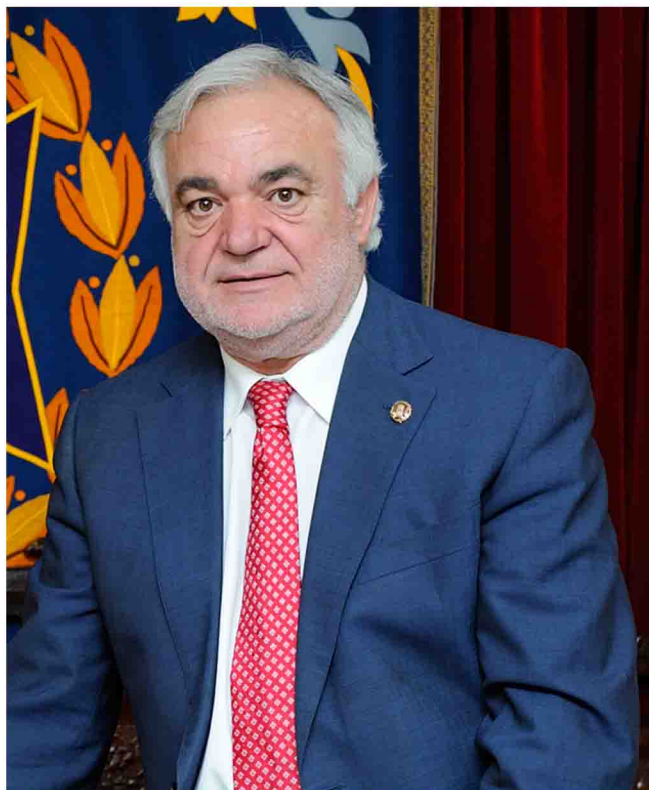


Ilustre Colegio Oficial de Enfermería

COLECCIONANDO AMANECERES

María Dolores Madero Calmaestra

Accésit IX Premio Nacional de Narrativa
del Colegio de Enfermería de Jaén



José Francisco Lendínez Cobo
Presidente del Colegio de Enfermería de Jaén

Prólogo

Os presentamos el trabajo premiado en el IX Certamen Nacional de Narrativa del Colegio de Enfermería de Jaén. "Coleccionando amaneceres" fue elegido por unanimidad por un jurado compuesto por profesionales de los medios de comunicación, de la Universidad de Jaén, una escritora y la ganadora de este mismo certamen el año pasado, la compañera Amparo Valdés Solís.

La autora de esta obra es la enfermera de Torredonjimeno María Dolores Madero Calmaestra, que recogió su galardón en el acto de celebración de nuestro Patrón, San Juan de Dios.

"Coleccionando amaneceres" narra las experiencias de una enfermera en sus noches de trabajo, las relaciones que se establecen con los pacientes, los sentimientos, los pensamientos... con los que cualquiera de nosotros, enfermeros y enfermeras podemos sentirnos identificados.

Esperamos que disfrutéis con su lectura y os quedéis con la sensación que pretende transmitir, la de vivir el momento, apreciando lo que tenemos.



Es de noche, recorro los largos pasillos, a estas horas solitarios, silenciosos, tranquilos. Hoy el silencio se impone y el descanso llega. El dolor hoy no está presente, el sueño aparece y permite descansar. Es mi turno preferido, turno difícil pero que nos permite, si la noche quiere y pagando con nuestro sueño, leer, conversar, sincerarnos, escuchar.

Noche que cambia, noche de feria difícil de permanecer tranquila. Oímos un lloro contenido, tenso. Nos miramos con temor. Veo a una mujer sentada, de ella procede el llanto, la pena. Una tristeza tan honda que apenas si puede dejarla salir.

El hombre levantado, con el rostro, frente al cristal de esa puerta azul, tras la que intenta ver cómo va a ser el resto de su vida. No se hablan, no se miran, no se tocan. Sienten lo mismo, temen lo mismo, quieren lo mismo, aunque la distancia entre ellos es tan grande que ni se ven ni se oyen siquiera.

¿Quién culpará primero al otro, reclamará, gritará y exigirá motivos para lo ocurrido? ¿Quién le permitió salir, beber, conducir, no estudiar, no trabajar? ¿Quién no le habló nunca de nada, le dio dinero para todo y jamás lo escuchó?

Ambos se miran y sin decirse nada se lo dicen todo, están muy lejos cuando ahora, sobre todo ahora, deberían estar cerca, juntos.

-¿Necesitan algo? Les digo. Ambos me miran, niegan con la cabeza y vuelven sus ojos hacia el cristal. Yo me alejo y ellos, frente a esa cerrada puerta, seguirán esperando, rezando aun cuando nunca lo hayan hecho antes. Se-

guirán en silencio.

Nosotras permaneceremos cerca y ojalá veamos un abrazo de alegría, un llanto de esperanza y por qué no, un gesto de amor.

Ana nos llama. Lleva muchos días con nosotros, semanas. Es una mujer buena, callada, de las personas que pueden estar toda la noche sufriendo en silencio el dolor.

-¿Qué pasa? Me dice.

-He oído llorar.

-Un accidente, contesto.

-Será un muchacho joven. Dice con pena.

-Como mi nieto, seguro.

Intento disimular mi sorpresa ¿tienes nietos Ana? Ella sonríe con orgullo.

-Tengo a Luis, Paula, Marta y Javier, me dice y mis cinco hijas.

Nunca los hemos visto, no habla de ellos, siempre está sola. Yo la miro y no dejo de pensar qué puede pasar en una familia, en una vida, que sea tan importante que no permita estar con una madre, un padre, un hijo. No podemos juzgar, ni hablar, ni opinar, pero si puedo tener la certeza de que vivir la enfermedad en soledad es triste y pocas veces quien lo permite tiene disculpa.

Excusas he oído las que ni puedo recordar, algunas ridículas, increíbles, vergonzosas. "Es que mi mujer no me deja quedarme", palabras que provocaron que mi mirada fuese tan difícil de enfrentar que no tuvo el valor de marcharse. La más triste de las no excusas, la situación tremenda de unos padres que dejan a un hijo enfermo, sólo, porque su otra hija, cercana a la muerte los necesita más.

Diferente ha sido siempre Pilar. Nació mientras su madre moría. Su padre, culpándola de dejarlo sólo, la dejo sola a ella. Nunca fue querida, siempre apartada, distinta, con una



enfermedad difícil y desconocida. No poder cuidarla, ni querer hacerlo, fue la justificación para ingresarla desde pequeña en “el manicomio”, palabra desterrada, pero que para ella, se convirtió en su hogar.

Ahora Pilar está con nosotros. Ha cambiado su casa por una habitación pequeña que nota extraña y le hace estar nerviosa, intranquila, pero no por ello menos sonriente.

La cuidan quienes son como su familia sin serlo. Jóvenes que trabajan pero que hacen más que eso. Le sonríen, la acarician, le regañan, la miman, la consuelan, porque es difícil expresar lo que se siente para quien no puede decir nada. Hay veces que la manera de demostrar sus sentimientos es dura, agresiva, pero no por maldad, sino porque no se puede manifestar de otra forma, es su forma de sentirse escuchada. Pero siempre, al ver nuestra cara de enfado, sorpresa o miedo, termina por sonreír y regresa la niña que nunca dejará de ser.

Hoy está muy contenta. Le han hecho un regalo. Una pequeña medalla de la Virgen atada a un pequeño hilo blanco. La tiene colgada del pecho, agarrada con los dedos, no ha parado de mirarla y enseñarla a todo el que ha ido a verla, incluso se ha dormido con la medalla entre las manos. La miro y entiendo que el primer regalo que se tiene en la vida es especial y nunca se olvida.

No habla, pero nos mira y sabemos que nunca dejará de recordar este regalo, sus días con nosotros y puede que nosotros tampoco la olvidemos.

Suena el teléfono. Es Manuel. Nos llama.
-¡Acabo de ser abuelo! Nos dice contento.

Cuanta emoción transmite, que alegría y qué estremecimiento sentimos al verlo abrazar a

su mujer que, en la cama, lo mira sin entender nada, sin recordar quién es ese hombre que está siempre a su lado, que jamás la abandona, que la cuida, la miman, la acaricia. A esa mujer que no sabrá quién es ese niño que acaba de nacer, ni quien es su padre, que no volverá a recordar, ni regresará a su vida, de la cual cada día se aleja un poco más.

Su familia, su marido y sus hijos, siguen compartiendo con ella todo, aunque su mente se esté yendo y su cuerpo ya no recuerde lo que fue. Manuel no quiere marcharse. Le decimos que vaya a conocer a ese niño, que nosotras la cuidamos. Él dice que no. Quiere estar junto a María cuando lo besen y acojan por primera vez en sus brazos. Quiere compartir ese momento con su mujer, a la que nos dice, jamás dejará de amar, aunque ella no lo conozca, ni lo abrace, ni lo bese. Pero como dice él, sé que su corazón, su alma me siguen queriendo porque, sólo está tranquila junto a mí, sólo atiende mi voz, sólo duerme si está a mi lado.

-Su mente me ha abandonado, pero mi mujer sigue junto a mí. No puede vivir sin ella y cada día comparte con María y con todos nosotros sus recuerdos, sus fotos, los momentos vividos antes y los de ahora, para que, como dice Manuel, no llegue el día que los olvide yo también.

La madre de mi paciente preferido me espera con una sonrisa, apoyada en la puerta. Habla despacio para no despertar a los que descansan, lo hace con confianza, forma ya parte de nuestro día a día, casi de nuestra vida.

La miro emocionada, casi extrañada, nunca la había visto sonreír. Está contenta. Esta noche su hijo ha dormido y emocionada de verlo, no puede ni cerrar los ojos. Ella, que lleva tantos días sin descansar, junto a él, no quiere perderse el rostro de su hijo soñando, tranquilo, sin ese dolor fantasma que lo ha acompañado



durante demasiado tiempo.

Jorge es mi amigo, mi paciente, nuestro consejero informático, musical, nuestro niño mimado. Al principio no fue fácil su llegada, su terrible accidente y sus grandes consecuencias nos produjeron a todos miedo y supuso un gran esfuerzo trabajar con él. Yo, lo reconozco, evité durante días, atenderlo. Incluso, evitaba verlo, hablar con él. Un día pensé que si para mí era difícil no quería ni imaginar que sensación tendría él, cuanto nos necesitaba. Tenía que superar mi absurdo temor y tratar de cuidarlo, ayudarlo lo mejor que pudiese.

Hoy, después de dos meses, me parece increíble mi duda, mi recelo del principio. Jorge ha sido el mejor paciente en las peores circunstancias, el que más lo intenta, más pregunta, menos se queja, el que más se informa para saber cómo puede ser su nueva vida.

Hoy recibió una visita, un amigo que, como él, ha perdido una parte de su cuerpo pero que ha sabido recomponerse y seguir viviendo. Mejor que antes, según él, porque tiene una pierna nueva que ni duele, ni desfallece.

Desde ayer está con nosotros un hombre que sabe volar. Apasionado del aire, que ha cambiado la libertad, el movimiento, la alegría... por una cama donde, inmóvil, esclavo y triste, no deja de pensar en el cielo.

-He tenido suerte, reconoce.

Me explica que cuando descendía y sentía que podía morir no tenía miedo, todo fue rápido y apenas sintió dolor.

Ahora, acostado en esa cama, sí está asustado. No sabe cómo quedará su cuerpo, cuánto sufrimiento tendrá que soportar, cuanto tiempo tendrá que pasar y si volverá a ser

como antes, otra vez.

Su sobrina le ha traído un dibujo de él volando. Es lo único que mira, que desea. Lo hemos pegado en la pared, frente a la cama, dice que le sirve de ánimo para esforzarse y no perder la esperanza. Yo, sonrío, le digo que lo que para él es su pasión para mi es mi mayor miedo. Alberto se ríe, no puede ni imaginar vivir sin volar. Yo no me puedo ni imaginar en el cielo. Qué diferentes somos y qué bien nos entendemos. Cómo es de fácil conectar con unas personas y que lejos nos encontramos de otras.

Pienso en Alberto y en lo fácil y difícil que es morir. A cuantas personas la vida se les va de forma rápida, absurda, sin explicación ni motivo y cuantas otras tienen una vida que se sujeta a ellos y lucha por no irse, por no dejarlos, incluso cuando la muerte es necesaria y puede que hasta deseada.

La familia de Alicia lleva muchos días rezando para que ella pueda descansar. Veinte días de agonía, cuando se sabe que no hay futuro ni esperanza, se convierten en el peor de los castigos, un infierno y algo que nadie debería sufrir. Alicia ha tenido suerte en su vida, ella misma me lo decía. Su marido ha sido bueno, sus hijos también. Está muy contenta con sus nietos, orgullosa nos hablaba, sobre todo, del más pequeño, que es médico. Ha sido feliz, jamás estuvo enferma y sólo en su vejez y tras una caída su cuerpo ha comenzado a sentir la edad que tenía y a pensar que era hora de partir. Mantiene la mente despierta, aunque nosotros intentamos que no sufra.

Ha dejado su vida bien organizada y a todos les ha dicho cuanto los ha querido. Se va contenta, amada, satisfecha y como dijo el último día que nos habló: "Me tengo que ir. Mi única pena es no morir en mi casa, en mi cama". Palabras que se repiten mucho en personas que



se tienen que marchar y quieren que los dejemos ir en paz.

Yo deseo tener su vida, su suerte, vivir tanto y tan bien como ella ha vivido, pero no sabemos que nos deparará el siguiente momento, hoy, mañana. Cada día, cada instante, sigue siendo una gran sorpresa.

Estoy cansada. La noche es larga y a ratos, el sueño llega con fuerza quiere que lo olvidemos todo y sólo pensemos en él.

Recibo una llamada, sonrío, todas las noches sus esperadas palabras me alegran:

-No puedo dormir sin hablarte, me dice siempre.

Me informará de cómo ha terminado su día y el de ellos, si están nerviosos, contentos, lloran, ríen o duermen. Si están enfermos me preguntarán, porque, sólo yo, dicen, sé lo que hay que hacer. No los veré hasta el día siguiente y aunque la costumbre se termina imponiendo, después de tantos años, no puedo dejar de extrañarlos y sentirme extrañada cada noche.

Sobre nuestra mesa hoy tenemos un regalo, una cesta de flores hermosas, blancas y amarillas. Las ha traído Teresa. Dice que quería volver a vernos, aunque no sé cómo ha tenido fuerzas para regresar. Estuvo con nosotros sólo unos días, con su marido, cuidándolo, amándolo. Él una noche se durmió y no despertó. Teresa no se separó de su lado, sabía que no iba a regresar, que no iba a oír más su voz, a escuchar su risa. Pero también sabía, que no soltaría su mano ni dejaría de mirar su rostro. Al menos tenía esos días que, como ella decía, Dios se lo había dejado prestado para poderse despedir, decirle y demostrarle cuanto lo amaba. Prometerle que lo seguiría queriendo siempre.

Teresa ha vuelto porque dice que necesitaba vernos otra vez, decimos que siempre formaremos parte de su vida. Agradecemos que mientras nada se podía hacer, hicimos mucho. Lo cuidamos a él y cuidamos también de ella, lloramos con ella por él.

Algunas personas se cruzan en tu camino y las olvidas. Otras siempre estarán a tu lado, en tu mente, en tu corazón, en tus recuerdos. Teresa nos ha hecho tener la certeza de que nuestro trabajo, aún en las peores situaciones, puede ser el mejor.

Sonrío cuando, en la oscuridad, las oigo hablar. Cuando no pueden dormir siempre están hablando. Se ríen en susurros y se entienden como si fuesen amigas de siempre, de toda la vida, aún cuando sus mundos no pueden ser más diferentes y supuestamente contrarios.

Zaida nació en Túnez. Es guapa, joven, madre de dos niños y lleva su cabeza siempre cubierta, aún no hemos visto su cabello. Sor Mercedes es gallega aunque según dice ella, ya es de aquí. Tampoco, nunca las hemos visto sin velo a ella y a sus hermanas de fe, que jamás la dejan sola.

Llevan juntas poco tiempo, una coincidencia y necesidad que al final fue casi designio divino. Porque lo que al principio nos pareció un problema se ha convertido, de forma sorprendente, en una amistad y un cariño que, creo, durará para siempre. Se dan compañía, se cuidan, hablan, ríen, se ayudan. Nos han pedido seguir siempre una junto a la otra, no quieren estar separadas. Lo fácil que es comprenderse, para algunas personas y que difícil lo hacen otras. Las dos oran mucho, las dos tienen mucha fe en su Dios y creen que les ayudará a recuperarse. Sor Mercedes dice que si entre sus dos dioses, no hacen que ella camine, no será por no rezar.



Mohamed, el marido de Zaida, que en un principio, miraba con recelo y casi temor a sor Mercedes, ahora está comenzando a formar parte de la vida diaria del convento. Traslada al hospital a las otras hermanas, les ayuda y hasta les ha arreglado el jardín. Las hermanas, por su parte, hacen dulces para sus niños y estos no se separan de ellas.

Yo, sorprendida al principio, muy contenta y admirada después, pienso que ojalá esta pequeña historia de entendimiento y cariño se pudiese trasladar al resto del mundo. Qué fácil podría y debería ser todo. Qué contentos estarían nuestros dioses.

Entro en la habitación y la veo llorar desconsolada y mirar a la cama con horror. Mi madre no puede ser esa mujer, me dice desde el rincón de la habitación donde se ha refugiado para evitar las manos de su madre. Mi madre me quiere, nunca me pegó, jamás dijo una mala palabra, me dice temblando, asustada. Intento explicarle lo que para mí es normalidad y para ella algo incomprensible.

Cada noche me sigo sorprendiendo del gran poder de nuestra mente. Lo gobierna todo, capaz de hacer que camine quien no debería poder, originar una fuerza inmensa en quien no puede ni sostenerse, que personas buenas parezcan demonios y que la familia llegue a ser una gran desconocida, hasta se pueden convertir en nuestros enemigos. Pone palabras de odio en boca de quien nos quiere, consigue que sean extrañas personas para quienes los conocieron, consigue milagros imposibles y crea imágenes inventadas.

Que poder tiene la noche para confundirnos, para borrar los límites, mezclar sueño y realidad, hacer que olvidemos quienes somos, convertir la noche en día.

Que fácil le resultará, al llegar la mañana,

volver a la realidad, que sencillo será dormir cuando solo ellos ya puedan. No recordará nada, sonreirá a su hija como si acabase de llegar, no entenderá las lágrimas de esta y sólo deseará dormir. Su hija me mira, me dice que nunca recuperará a su madre, yo le digo que nunca la ha perdido.

Antonio nos dejó un 13 de marzo de hace unos años pero cada día, cada noche que entro a su habitación recuerdo que allí estaba él. Desde el principio todo fue difícil, complicado. Lo que podía salir mal salió. El destino tenía una idea clara y todos los intentos por hacer que Antonio mejorase chocaban con los planes de la vida para él. Lo intentamos todos y cada uno de los días que él estuvo con nosotros.

Diciembre comenzó mal. Navidad no fue para él y para nosotros, sino otro día más de lucha. El quirófano lo acogió y como obsequio por ese día especial se realizó el milagro de poder salvar su vida. El día de Reyes tan sólo pidió, -pedimos- que pudiese estar un poquito mejor. Que deseo tan pequeño y que regalo tan grande. Regalo no concedido.

Cuanto necesitamos cada día, cada Navidad, cada cumpleaños, cada fiesta y con qué poco nos conformamos al enfrentar la realidad de la enfermedad. Cuando ella se presenta en nuestra vida lo domina todo, nos demuestra que ella gobierna sobre el resto de todas las cosas. Si ella está, lo demás deja de ser importante. Ya no vale el dinero, ni regalos, ni el trabajo, ni viajes... nos da igual qué comemos, vestimos, dónde vamos. Extrañamos estar bien, en casa, sanos, volver al trabajo, hacer cosas pequeñas, normales, rutinarias. Sólo deseamos, anhelamos, buscamos, pedimos... salud.

José llega cansado, nervioso, preocupado, sin sueño. Cierra los ojos, se cubre la cara con las



manos y le vemos llorar. Le gusta sentarse con nosotros de madrugada, hablar, reír, tomarse un vaso de leche caliente, relajarse. Dice que le damos una necesaria sensación de bienestar, como estar en casa. Llegó esta mañana temprano, quizás fue el primero, siempre lo es. El que más trabaja, más se preocupa, el más joven, el mejor. El que menos cobra y menos descansa.

Me siento junto a él, ¿qué pasa?, le digo.

-Acabo de ver la muerte, nunca la había visto tan cerca, a mi lado. Es difícil, me dice, es fea, dura y te queda la terrible sensación de qué más podías hacer, aún cuando sabes que no se podía hacer nada.

-Es la primera vez que te enfrentas a ella, le digo, sabes que no será la última y tendrás que aprender a aceptarlo, olvidarlo y seguir trabajando.

Le digo que llore, que es necesario sacar lo que se siente, que en un mundo en el que queremos que todo sea perfecto, no hacemos más que ocultar sentimientos, avergonzarnos de querer, de amar, de llorar y hasta de reír. Hay que fortalecerse, acostumbrarse al dolor, al sufrimiento, pero que esto no nos endurezca y nos haga insensibles. Que no se nos olvide que ante todo somos humanos y nuestro trabajo también lo es.

¿Cómo explicar que tienes una familia que no es tu familia? ¿Cómo hacer entender a los demás, a los que no viven con nosotros en esta, nuestra otra casa que "tus compañeros, tus amigas de aquí" pueden llegar a ser tan importantes en tu vida como "tu familia de allí"? Compartir penas, alegrías. Pasear de madrugada, tener horas para hablar, estudiar, reír, llorar. Vivir más tiempo con esta familia prestada que con la tuya propia. Saber que pase lo que pase y necesites, alguien estará

ahí para trabajar por ti. ¿Cómo explicar a los demás lo afortunados que somos?

Pronto amanecerá, llegaremos a casa y, como siempre, mientras el sueño lo intenta y no consigue llegar, recordaré a las personas que se cruzan en mi camino. Situaciones que, en ocasiones, desearíamos no vivir pero historias que no podemos elegir. ¡Cuántas vidas diferentes!

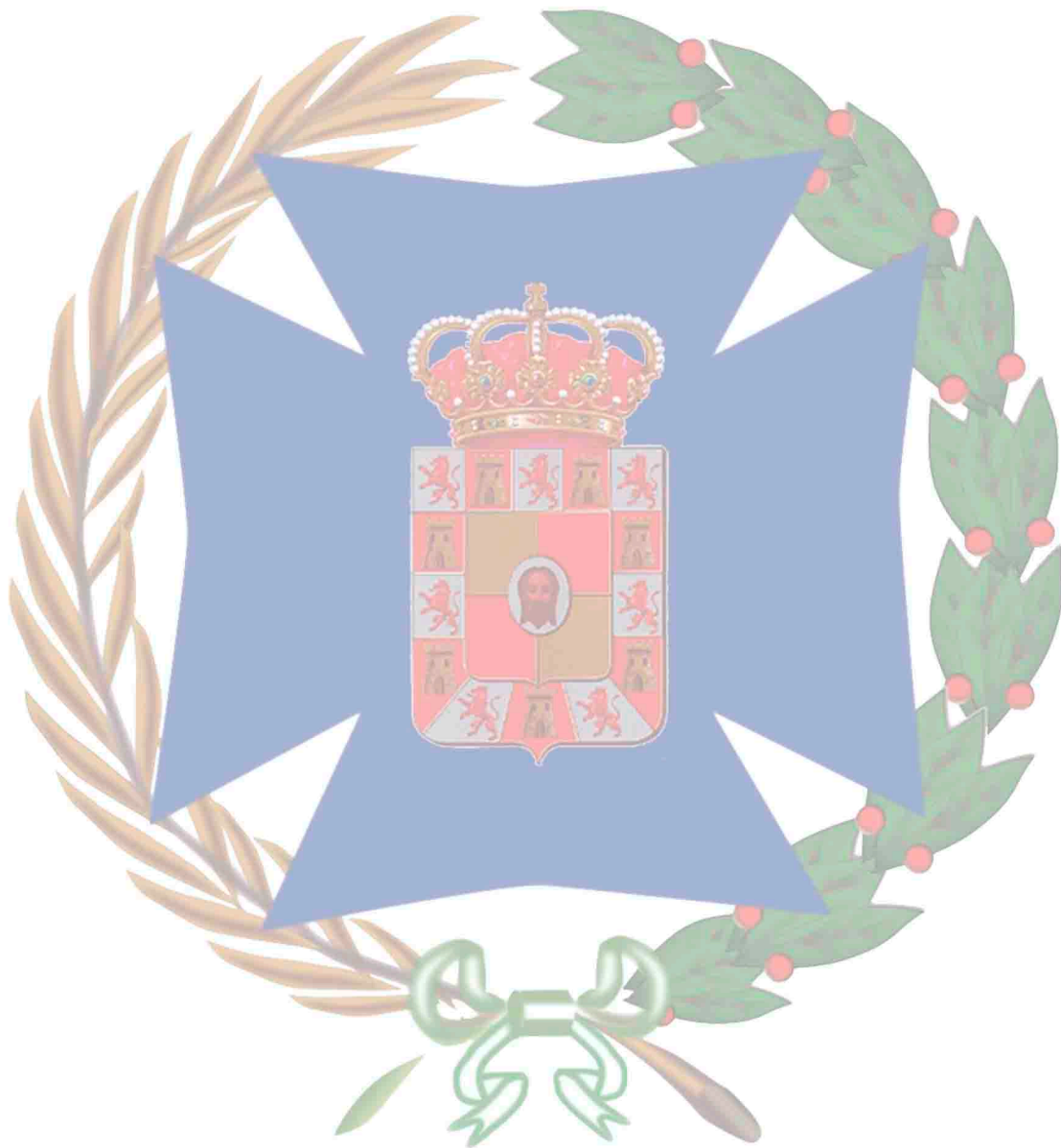
Pensaré en mi existencia y tendré miedo, miedo de ser feliz. Temor a perder ese momento de la vida en el que todo está bien, esa felicidad que nos acompaña en algunos o muchos instantes y de la que bastantes veces no somos conscientes. Felicidad que se rompe por nada, que destruimos por insignificancias o que desaparece porque la realidad, simplemente, termina imponiéndose. Miedo de saber con certeza que la vida cambiará.

La felicidad no se siente, se recuerda. Por eso debemos intentar que todos nuestros recuerdos sean felices y espero que con nuestra presencia y cuidados las personas que se cruzan en nuestra vida sean y tengan un poco más de felicidad.

Miro por la ventana y veo ya el amanecer. Como cada día guardo este momento en mi mente, en mi cámara. Colecciono amaneceres. Los guardo como recuerdo de muchas noches vividas, noches de vidas compartidas.

Los guardo para recordar que la vida sigue, que cada día puede ser hermoso, que cada día cambia, es diferente, pero todos son una nueva oportunidad de vivir.

Hay amaneceres radiantes, luminosos, alegres, bellos. Otros son oscuros, apagados, tristes. Pero al final, incluso en estos, saldrá el sol y se verá la luz.



Calle Sefarad 42, 1º Derecha. 23005. JAÉN
Teléfono: 953 295 960
Correo: comunicacion@enfermeriajaen.com
www.enfermeriajaen.com



SÍGUENOS EN:

